

# NARRATIVA

## Kymper sin salida\*

Miguel Gutiérrez

Tres horas antes, Kymper había inspeccionado el local. Pero ahora la mesa que por su posición estratégica eligió para su encuentro con Rocha está ocupada por una pareja que acompaña los platos marinos con sendas copas de vino blanco. El vino es un Chablis que se enfría en una hielera de cristal de roca guarnecida por una cenefa y asa de plata. Aunque los plafones derraman luz fluorescente, todas las mesas cuentan con lamparines a kerosene por si acaso a la hora de los apagones —le había contado Vitelio, el mozo— el grupo electrógeno del establecimiento fallara. Dos mesas más de clientes se ven en esta parte del restaurante: una de tres amigos y la otra de cuatro, dos mujeres y dos hombres, que han concluido los platos y bebidas y se disponen a pagar la cuenta. Tres horas antes, había cinco mesas ocupadas en el salón restaurante, dos en la parte del bar y un cliente sentado en la barra. Ahora solo hay un cliente en el bar: un hombre mayor que parece un sobreviviente de otra época, de edad indeterminada —¿sesenta, setenta, ochenta años?—

---

\* Capítulo XVII de la novela inédita del autor.

con terno cruzado de casimir marrón, camisa de seda color *beige*, gemelos de oro en los puños de la camisa, zapatos marrones con blanco, corbata michi y un clavel en el ojal, que le hace recordar las películas argentinas que vio en su infancia, aquellas de Gardel, Luis Sandrini y Tita Merello. A Kymper le recuerda un personaje que conoció muchísimos años atrás y lo evoca caminando erguido, con empaque, entre los portales de San Martín, el hotel Bolívar y el club Nacional. Luego Kymper saluda al *barman*, pero antes de instalarse en otra mesa se para unos instantes ante los acuarios. Tres horas antes con toda su atención puesta en el estudio minucioso del local se había olvidado de echarles una mirada. Son dos del mismo tamaño y diseño. Entre las aguas verdosas y grutas y plantas y algas se ve a los peces, todos ornamentales y de colores, pero a Kymper solo le interesa ubicar a la salamandra que, según le dijo Vitelio, vive en uno de los acuarios. Por fin la distingue entre las piedras del fondo del acuario que está hacia su izquierda. Tiene la apariencia de una pequeña iguana, pero en realidad es un batracio, una bestezuela bastante escalofriante de color blanco, desnudo, sin escamas y de grandes ojos de mirada yerta. Enseguida —mirándose en el enorme espejo de pared que tiene delante— se dirige hacia la nueva mesa en que esperará a Rocha. Ha sido un día relativamente tranquilo, no han explotados coches bomba, todavía hay alumbrado eléctrico. Mira su reloj: las 7:30 exacto. Se dice: “Siempre puntual, hasta para una cita con la muerte”. Y recuerda con ternura y algo de rencor al comandante Kymper, quien le impuso el hábito de la puntualidad, como una cuestión de honor.

—Ah, señor Kymper, de vuelta. Magnífico —le dice Vitelio—. ¿Otra Canada Dry? ¿O prefiere esperar?

—Esperaré, Vitelio. Pero dime: ese señor que está solo en el bar ¿quién es?

—Ah, es el famoso marqués Ruffinelli. ¿Nunca oyó hablar de él? Fue varias veces campeón mundial de billar y es un mago del billar de fantasía. Todos los que lo han visto jugar dicen que maneja el taco como dios maneja las esferas celestes. Le repito lo que he escuchado tantas veces, señor Kymper... Pero disculpe. Enseguida vuelvo. Me llaman de esa mesa.

¿Marqués Ruffinelli? No, Kymper nunca supo que este fuera su nombre o apelativo. Pero algo había oído que era un gran billarista. Escuchó también decir que impartía clases para los socios del club Nacional y para la gente muy rica de Lima. De pronto, deja de pensar en el marqués Ruffinelli y emerge la imagen del ¿teniente, capitán? Arsenio Kymper, pues ahora recuerda que hubo un tiempo en que su padre fue un excelente billarista. (Los otros deportes en que su padre destacaba eran en tiro al blanco y en polo). Todo aquello había ocurrido en tiempos oscuros, remotos, cuando mamá Encarnación abandonó a su padre y se fugó con su amante. Recuerda que su padre meses antes había instalado una mesa de billar en una de las piezas de la casa para celebrar partidas con sus amigos de promoción, mas, después de que se marchara ella, Arsenio no volvió a invitar a jugar a ningún amigo. En cambio, se encerraba en el salón y durante horas y horas entablaba partidas consigo mismo, y ese inacabable golpeteo de las carambolas, ese entrechocar furioso de las bolas de billar sumían al pequeño Kymper en la más desolada tristeza. Por fin un día vinieron unos hombres a llevarse la mesa de billar y entonces el teniente o capitán Arsenio Kymper, impecablemente limpio, afeitado y con un toque de perfume de varón, les comunicó a los niños —Tito y Leonor— que doña Encarnación, su madre, había abandonado el hogar y que nunca más volvería a poner los pies en la casa. Y desde entonces su padre nunca más cogió el taco del billar.

—¿Es usted el señor Kymper? —dice una voz baja, con tono confidencial.

—Sí, soy yo —responde y ve a un hombre de lentes que sonrío.

—Estaba usted tan abstraído que me pareció una infamia interrumpirlo —es un hombre unos años menor que él, algo más alto y de aspecto fornido—. Pero me comprometí hablar con usted y no tuve opción.

—Supongo que usted es Rocha. Quiero decir, el señor Rocha —declara Kymper.

—¿Qué te parece si nos dejamos de formalismos y nos hablamos de tú? —propone Rocha.

—De acuerdo —dice Kymper—. Tome asiento.

—Gracias, compañero —Rocha ríe, divertido—. ¿Te molesta que te llame así?

—Tú sabes que no soy tu compañero —Kymper se esfuerza por reír—. Pero háblame como te sientas cómodo.

—Perfecto. Pero primero tengo que hacer una llamada a mi oficina. ¿Me permites? No tardo ni un minuto.

—Por favor —dice Kymper. Lo ve caminar en dirección al mostrador. Es un hombre algo más alto que él, debe tener cerca de 1,80 de estatura. Es también un hombre fuerte, viste terno gris y su rostro trigüeño tiene un aire que a Kymper le parece clerical.

Al verlo marcar el número de teléfono, Kymper —de manera automática con la mano derecha se palpa por el lado del corazón para sentir el peso de la cartuchera con la Browning— aprovecha el tiempo para poner en orden sus ideas. En media hora había logrado arrancarle a Vitelio todo lo que necesitaba saber sobre el local, incluida la existencia de una puerta de escape. Luego de terminar de beber el Canada Dry con limón y hielo que había pedido y de pagar la cuenta, inspeccionó los lugares que rodean a El Acuario. Después que concluyó su recorrido consultó con su reloj y comprobó que todavía tenía dos largas horas por delante para la cita. No era prudente ocultarse en algún punto del parque, de modo que atravesó la avenida Arequipa, caminó hasta el bar Henry de la plazuela Washington que durante un tiempo fue el preferido de Tamara Fiol, por el sótano con pista de baile que tenía. Pero apenas ingresó al bar, Kymper se dio cuenta de que era un local inconveniente: parecía una vitrina expuesta a todas las miradas y hasta creyó ver rostros conocidos. Apuró el expreso que pidió, bebió unos sorbos de agua helada, pagó la cuenta y salió del establecimiento. ¿Dónde ir? ¿Dónde ocultarse? Entonces recordó que en el edificio del costado, donde funcionaba el consulado de Colombia, en el quinto piso había una notaría en la cual años atrás había hecho legalizar algunos documentos. De modo que tomó el ascensor. La notaría contaba con varios ambientes y una sala de espera. Menos mal, encontró una butaca de cuero desocupada, tomó asiento

y respiró con alivio. Todavía tenía una hora y media por delante, pero él conocía muchas maneras de matar el tiempo.

—¿Listo para pedir? —pregunta ahora Vitelio—. Dígame. El señor que está hablando por teléfono es aprista, ¿no? Hace años vino aquí. Nunca me olvido de un rostro, como le dije ahora. Le diré que aquí venían muchos apristas. Le hablo de los viejos, como Prialé, León de Vivero, Heyssen, hasta el mismo Luis Alberto Sánchez.

—Y tú, Vitelio, ¿eres compañero?

—No, qué va. Yo voté por Frijolito. ¿Sabe que Barrantes Lingán es cajamarquino como yo? Barrantes es uno de nuestros clientes estrella.

—¿Interrumpo? —pregunta Rocha que ha vuelto a la mesa—. Disculpa la demora Kymper, pero había un problema por resolver en la oficina. Mozo, ¿nos trae la lista?

—¡Cómo no, señor! —exclama Vitelio.

Kymper observa dos cosas: que en el salón solo había dos mesas ocupadas y que ahora un hombre de mediana edad de aspecto cholo le da el brazo al marqués Ruffinelli y lo conduce hasta la puerta. De pronto el supuesto marqués se le revela como un anciano viejísimo que debe haber traspuesto ya los noventa años. Y le molesta no ver a nadie sentado en la barra, como si hubiera abrigado la tonta esperanza de que Bracamonte estuviera vigilando la escena.

—La carta, caballeros —dice Vitelio—. Me permito sugerirles el plato del día: pez espada relleno con salsa de langostinos.

—Está bien, mozo. Te llamamos luego —lo despide Rocha; le echa una ojeada a la carta y luego se dirige a Kymper—. Yo pediré el pez espada. Y tú, compañero, ¿qué plato eliges?

—No he venido a comer, Rocha —dice Kymper esforzándose por mantener el buen humor—. ¿Por qué no discutimos primero nuestro asunto? Después podrás disfrutar de la cena.

—Me decepcionas, Kymper. Bracamonte te ponderó como un hombre de mundo. ¡Paciencia, hombre, paciencia! Todo a su tiempo. Haya de la Torre nos enseñaba que los militantes apristas de-

bíamos ser austeros, frugales, pero que había que disfrutar de la vida cuando había ocasión. Nada como la buena mesa, una copa de vino y una charla civilizada. Así que insisto, Kymper, debes comer algo. Por mi parte me muero de hambre. Pero es horrible comer solo, teniendo a alguien a tu costado mirándote.

¿Qué se propone Rocha?, se pregunta Kymper. ¿Provocarlo, burlarse, jugar al gato y al ratón? ¿Debe parar y marcharse y quedar como un pobre tipejo lleno de miedo o esperar que Rocha le dispare por la espalda? Pero de una cosa está seguro: Rocha no será el ejecutor; el trabajo de sangre lo hará el Comando que ya en este momento debe tener rodeado el lugar. Porque ¿a quién llamó Rocha? No, por cierto llamó a su oficina. De modo que decide seguir el juego y finge consultar la carta, aunque no pedirá ningún plato sofisticado como el que le recomendó Ney Bracamonte.

—Bien —dice Kymper—. Llama al mozo.

Rocha chasquea los dedos y segundos después se acerca Vitelio.

—¿Qué ordenas, Kymper?

—Un filete de lenguado con algo. No sé; con legumbres o papas doradas.

—Le serviré con legumbres que aquí son muy buenas. Y a usted señor, ¿qué le traigo?

—Me traes el plato del día. El de pez espada y langostinos. Espera. ¿Te animas, Kymper, con unas conchitas a la parmesana para picar?

—¡Claro! ¿Por qué no? —dice de buen humor Kymper, dispuesto a seguirle la cuerda.

—¿Y para beber, señores?

—Tráenos un Reisling Ocucaje, bien helado. Es bastante aceptable, Kymper.

La conversación la monopoliza Rocha, que come y bebe vino con mucho apetito y placer, pero sin transgredir —reconoce Kymper—

las reglas de urbanidad. Es un hombre jovial, culto, cargado de historias y anécdotas. Le confiesa que procede de una familia aprista. Después del asesinato de Sánchez Cerro su padre vivió en la clandestinidad y en esas circunstancias conoció a su madre, a quien la ganó para el aprismo. Mucho tiempo después, durante la convivencia en el segundo gobierno de Prado su padre fue elegido senador de la República. Su hermano mayor fue el que tuvo la vida más dura; aprista de corazón, la Policía lo acusó de ser uno de los asesinos de Fernando Graña, director de *La Prensa*. Los esbirros de Odría lo torturaron despiadadamente, con torturas como las que narra Juan Seoane en su novela *Hombres y rejas*. Con el legendario Búfalo Seminariote, intentó evadirse a nado de El Frontón, pero fue apresado por la lancha patrulla del penal antes de llegar a la costa. ¡Pobre hermano! Lo masacraron y lo recluyeron en La Lobera para que escarmentase. Y ahí contrajo la neumonía que lo mató.

Rocha guarda unos momentos de silencio.

—Lo siento —dice Kymper, recordando los dos años que pasó en El Frontón; luego añade—: Ahora, háblame un poco de ti.

—He sido un hombre afortunado, Kymper —afirma Rocha; se lleva a la boca la última de las conchitas a la parmesana y enseguida la riega con media copa de vino—. En memoria de Víctor Raúl, que así se llamó mi hermano, no debiera decirlo. Pero la verdad es que he sido, soy un hombre realizado y feliz.

Su madre mantuvo siempre una actitud sobreprotectora, como si quisiera preservarlo de un destino como el de su hermano Víctor. Ella consideraba que la familia ya se había sacrificado generosamente por el partido. De modo que mamá y él fueron cómplices de una relación secreta. A él le gustaban las cosas de la iglesia: las misas, los ornamentos sagrados que usaban los sacerdotes para la celebración del santo oficio, el oro de la custodia, el misterio de la eucaristía y sobre todo la música sacra. Sus juegos infantiles preferidos eran las celebraciones de misas y funerales. Una vez que un vecinito suyo mató a un gorrión con su onda, él organizó el sepelio. Recuerda que cuando, ataviado con un simulacro de casulla y una estola, empezó el responso para el gorrioncito que yacía en una cajita de cartón, su hermano Víctor irrumpió

en el jardín y desbarató la ceremonia, diciéndole que estos eran juegos de mujeres, curas y maricones. Pero su madre lo consoló tiernamente y cuando él le reveló que tenía vocación sacerdotal, ella intercedió con el padre para que diera su consentimiento e ingresara al seminario de Santo Toribio. Fueron años intensos, de meditación y de conocimiento de sí mismo, del cuerpo y el alma y del combate de Dios con el demonio que se libraba en su carne y espíritu. Su tutor, un sacerdote joven y sabio, lo inició en el estudio de los padres de la Iglesia y en la *Suma teológica* de Santo Tomás de Aquino. Qué despliegue sutil de inteligencia y raciocinio y cuántas veces estudió y reflexionó sobre las pruebas de la existencia de Dios que exponía el Maestro Angélico. Ya no tenía dudas sobre su vocación: se ordenaría de sacerdote y llegaría ser un alto dignatario de la Iglesia, acaso ¿por qué no? cardenal primado de la Iglesia peruana. Pero entonces cuando tenía diecisiete, durante unas vacaciones, tuvo una experiencia similar a la de San Pablo en el camino a Damasco.

—¿Qué ocurrió? —pregunta Kymper.

—Desde que guardo memoria —recuerda Rocha— visitaban mi casa los altos jefes del partido, como Seoane, Luis Alberto Sánchez, De las Casas, Cox, Villanueva... y sus voces, Kymper, perduran en mi memoria como el rumor permanente de mi infancia. Pero nunca vino a casa Haya de la Torre, porque por esos años estaba asilado en la embajada de Colombia y después se marchó al exilio. Después la situación política cambió, el partido volvió a la legalidad y los exiliados retornaron al país. Mi padre, secretamente, estaba avergonzado de mí y se sentía humillado por mi vocación sacerdotal, ya que, según él, mi destino era entrar a servir al partido en reemplazo de mi hermano Víctor. Un día me dijo que me tenía una sorpresa y me llevó a la casa del pueblo, donde Haya iba iniciar un nuevo ciclo de coloquios. De entrada quiero que sepas lo siguiente, Kymper: apenas lo vi, el Viejo me impactó. Me sedujeron su porte, su voz, sus gestos, su sabiduría, su carisma. Disertó sobre Spengler y su libro *La decadencia de Occidente*. Y a propósito de la formología spengleriana de las civilizaciones, nos habló de las visiones de la Historia de San Agustín, Vico, Hegel,

Marx, Malinowski, Toynbee. Quedé deslumbrado, la figura de mi buen tutor del seminario palidecía y comprendí que había encontrado en Haya de la Torre el verdadero tutor que mi mente y mi espíritu necesitaban. Al terminar el coloquio, mi padre me preguntó si deseaba conocer al genial fundador del APRA. No otra cosa era lo que ansiaba mi alma, compañero. Cuando subimos a su oficina, Haya departía con una decena de muchachos más o menos de mi edad, escogidos entre los más inteligentes chapistas de Lima. Pero ahora Haya con el mismo encanto platicaba sobre un tema más ligero, pero igualmente fascinante. A propósito de la visita de Darwin a las Islas Galápagos, contaba acerca de los hábitos amatorios de las tortugas. Lo escuchábamos boquiabiertos, era un saber delicioso, y yo pensaba en el silencio de las profundidades marinas que tanto imaginaba. En un momento determinado se fijó en mí. Recuerdo que me dijo: “El misticismo no es una cosa mala; por el contrario puede ser una cosa muy buena, si está inspirado en un culto, único y verdadero, como el que se oficia en este nuevo templo de Salomón que es la casa del pueblo”. Al despedirse, volvió a dirigirse a mí: “Tienes muy preocupado a tu padre, que es uno de los primeros compañeros que luchó conmigo para forjar el APRA. Te propongo lo siguiente: pon a prueba tu vocación, ingresa a San Marcos y si en el transcurso del año persistes en tu vocación, el compañero Rocha te dará su bendición para que retomes tus estudios sacerdotales en el seminario”. Como imaginarás, Kymper, acepté la propuesta de Haya, y antes de medio año solicité mi ingreso a la juventud aprista.

Kymper, a pesar suyo, se siente interesado por el relato de Rocha y no puede evitar preguntarle:

—¿Tuviste problemas con la militancia?

—Sí, algo, mucho en realidad, al comienzo. Extrañaba el silencio del seminario, mis pláticas con Alfonso, mi tutor, nuestras sesiones de música, nuestras oraciones por nuestros pecados. Pero después, a base de disciplina que aprendí en el seminario, comencé a adaptarme y después a amar la militancia en sí misma. Haya nos enseñaba a ser apristas cabales, en el pensamiento y la acción. Menos mal me ayudaba mi cuerpo, mi porte, mis músculos, que

los trabajé con el fisicoculturismo. Así que superé ciertas oscuras coerciones que me paralizaban al principio y pude actuar lleno de euforia y adrenalina en las fuerzas de choque contra los adversarios del partido. Con todo, amaba mucho más los estudios sobre la doctrina y las políticas del APRA y fui reconocido como el primero entre los jóvenes en esta área. Sobresalí asimismo en los cursos de oratoria que promovía la organización. Pero no ocupé el primer lugar en un concurso nacional de oratoria en que Haya presidió el jurado. Fue declarado ganador el compañero Alan García, que desde entonces se convirtió en la nueva luminaria del partido. Te lo diré con la mayor limpieza, Kymper. No creo que el compañero Alan sea un mejor orador que yo, pero a él no le importaba emplear recursos que yo secretamente despreciaba, como los sofismas, las falacias o el uso inmoderado de triquiñuelas demasiado efectistas para conquistar el público. Sin embargo seguí siendo considerado el líder indiscutible entre la nueva generación de apristas en cuestiones de doctrina. Hacia fines de la década del sesenta, el APRA, salvo unas pocas facultades, había perdido la hegemonía en la Universidad de San Marcos. Ahora quienes controlaban los centros federados y la federación eran los rojos del FER, aunque estos internamente estuvieran fragmentados en no sé cuántas agrupaciones. Así y todo, Kymper, acepté el pedido de nuestras bases de la ciudad universitaria de dictar una conferencia sobre “Espacio y tiempo histórico”, en que Víctor Raúl, a la luz de la teoría de la relatividad de Einstein, refuta y supera la dialéctica de Hegel y Marx con el fin de reactivar nuestro movimiento.

“Superó nada menos que la dialéctica de Hegel y Marx”, se dice Kymper.

—... No quiero parecer pedante, Kymper, pero según todos los testimonios que recogí esa noche estuve particularmente brillante y convincente, aunque me había visto obligado a reducir mi exposición porque los rojos del FER irrumpieron en el auditorio. Los reté a debatir, a polemizar sobre el tema, cosa que ellos cobardemente se negaron aduciendo en medio de abucheos y carcajadas que la teoría de Haya era un engendro indigesto, un disparate, que había fraguado para justificar su oportunismo político. Víctor

Raúl se sintió muy conmovido por mi actuación y no escatimó sus elogios delante de los jóvenes que conformaban —según la denominación de los adversarios del APRA— “la guardia dorada de Haya”. Lamento tener que decirlo, pero las preferencias que Haya mostraba hacia mi persona suscitó celos y envidia entre los compañeros que lo rodeaban, bueno, no importa el nombre, lo cual dio lugar a intrigas y actos conspirativos para sembrar las dudas y la desconfianza en el corazón del jefe sobre mi lealtad. Por desgracia para mí, estuve en París durante tres años siguiendo un doctorado en Ciencia Políticas (cursos que hasta ahora dicto en las universidades Villarreal y Garcilaso de la Vega) y nada pude hacer para contrarrestar estas infamias que atentaban contra la tradicional fraternidad aprista. Pero lo peor ocurrió años después, en las semanas previas a la muerte de Víctor Raúl. ¿Crearás, Kymper, que durante todo este tiempo me impidieron, con diversos pretextos, sobre todo de índole médico, entrevistarme con el jefe, mi tutor, mi padre espiritual? Una noche fue a buscarme a mi domicilio Mantilla en representación del secretario de Organización con el encargo urgente de visitar las bases apristas de Chiclayo, Cajamarca, Huánuco y Pucallpa, donde se habrían producido severos actos de indisciplina y corrupción. Por primera vez en mi vida de militante me negué a cumplir una orden de la dirección. Discutimos. Mantilla es persuasivo, combina a la perfección las buenas maneras con la amenaza y el chantaje. Pero esta vez empleó sobre todo la mentira. Me dijo que la junta médica integrada por médicos compañeros habían emitido un informe (que me lo enseñó) según el cual la salud de Víctor Raúl estaba lejos de ser preocupante, se trataba nada más que de fatiga, a causa de las múltiples tareas partidarias que había tenido que cumplir, pese a su edad avanzada. Mantilla me miró sonriente y me dijo: “¡Vamos, compañero Rocha, no se preocupe que tenemos Viejo para rato!”. La última etapa de mi gira fue Pucallpa, ciudad a la que llegué después de dieciocho días de mi partida de Lima. Y allí fue que me enteré que en la madrugada del día anterior había fallecido Víctor Raúl Haya de la Torre. No hay razón para abrumarte contándote del dolor que sentí. Quise tomar el avión de inmediato, pero el último vuelo ya había pasado y al día siguiente hubo mal tiempo y se cancelaron todos los viajes.

En suma, Kymper, volví tres días después, cuando Víctor Raúl ya había sido sepultado. Nunca he dudado que por justicia, por ser el discípulo predilecto de Haya, a mí me correspondía pronunciar la oración fúnebre. Esta fue la única oportunidad que estuve a punto de renunciar al partido, pero el espíritu de Haya, los tantos recuerdos que guardaba de él, me hicieron entrar en razón, y aquí me tienes para escucharte.

Vitelio ha retirado el servicio de la mesa. Rocha escancia la última medida de vino de la botella que reposa en la hielera y Kymper bebe agua mineral con hielo. ¿Por qué, se pregunta, me ha endilgado el rollo de su vida? ¿Qué teatro es este? ¿Está ganando tiempo mientras los del comando llegan a liquidarme? Pero, sobre todo, ¿por qué lo soporté? ¿O acaso deseaba inspirarle simpatía? Recorre con la mirada el salón: hay una sola mesa más ocupada y un individuo, que no es Bracamonte, está sentado en la barra bebiendo algo. Es la hora de los atentados y a través de la puerta de entrada ve el paso de las combis repletas de gente que corre a refugiarse en sus viviendas. Para romper el silencio, pregunta:

—¿En qué año ingresaste a San Marcos?

Rocha parece fatigado y controla un bostezo; luego, fija en él la mirada pero sin dejar de sonreír:

—En 1963 —declara—. Exactamente el mismo año que asesinaste a Dodero en la Facultad de Química.

Es un golpe que no vio venir. Inesperado, pero Kymper controla su sorpresa por el cambio de giro que Rocha impone a la charla.

—Veo que por fin te animas a abordar nuestro asunto —responde—. Perfecto. Pero primero definamos los términos. ¿Asesinato?

—No le fue difícil a los compañeros identificarte —prosigue Rocha, como si no hubiera escuchado la pregunta—. Eras muy conocido como dirigente de los rojos del FER. Y todo el mundo sabía de tu odio visceral a los apriistas.

—¿Odio visceral? Yo no diría eso. Pero sí: mi antiaprismo era radical. Rechazaba su doctrina política y sus métodos de lucha. Esto lo admito.

—Al día siguiente de la muerte de Dodero hubo una reunión de emergencia de los comandos de la Ciudad Universitaria a los que hacía pocas semanas que yo me había incorporado. El compañero Mantilla, encargado por la dirección regional, nos entregó una foto tuya y nos explicó el acuerdo que había tomado el partido.

—Me condenaba a muerte, supongo.

—El compañero Mantilla explicó que el asesinato de Dodero no era un asunto de competencia ni de la Policía ni del Poder Judicial. Afirmó que era competencia exclusiva del partido impartir justicia por este crimen que enlutaba a la familia aprista. Nos dijo algo más. Nos dijo que era deber de cada militante ubicar al asesino y, si estaba en nuestras manos, castigarlo con la muerte.

—Dime, Rocha, ¿tú hubieras sido capaz de matarme?

—En esos días yo trataba de demostrar que era un aprista cabal. En la teoría y la práctica.

—Entiendo —dice Kymper.

—Pero el compañero Mantilla nos dijo mucho más de ti que explicaba tu odio al partido. Tú habías heredado el odio hacia nosotros de tu padre. ¿Y quién era tu padre?

—¡Suficiente, Rocha! Sé lo que vas a decir. Basta.

—Tranquilo, Kymper, tranquilo. No te alteres. Esto es solo historia, cosa del pasado. Pero es necesario que continúe para de una vez por todas terminar con este odio maldito.

—Está bien, Rocha. Continúa. Te escucho.

—Mantilla informó que tu padre era nada menos que el comandante Arsenio Kymper. El traidor que no solo hizo fracasar el levantamiento de octubre de 1948 y que intentó asesinar al jefe, sino que escribió un libelo calumnioso que además denigraba la figura gloriosa de Haya de la Torre.

—No voy a responder a todos estos infundios. Lo único que te puedo decir es que el libro de mi padre es un libro verás basado en su testimonio y en documentos de primera mano. Además, por esos años, se escribieron varios otros libros en este mismo sentido por militantes desencantados de Haya.

—Todos eran igualmente ratas traidoras.

—Con afirmaciones como esta, no hay ninguna razón para que sigamos conversando.

—No te enojés, Kymper. Te repito esto es historia.

—¿No crees que es tiempo de ocuparse del presente?

—Paciencia, ya casi termino. Montamos todo un operativo para descubrir el lugar donde te ocultabas. En un par de oportunidades me tocó vigilar la casa de tu padre en Orrantía. Otros te buscaron por todos los ambientes de San Marcos: la Ciudad Universitaria, la Casona, San Fernando. Vigilamos las casas de Tamara Fiol y Lea Barba, las más rojas de las rabanitas. Averiguamos los bares que frecuentaban los comunistas o comunistoides, El Patio, el Palermo, que resultó ser un antro de renegados apristas que fungían de poetas e intelectuales. Una noche, un sujeto pintoresco del Palermo y famoso por su lengua larga se sorprendió que ignoráramos que hacía tiempo que habías roto con el Partido Comunista. Con las dos facciones, con los moscovitas y los pequineses, o que ambos te expulsaron por haber capitulado ante la burguesía y el imperialismo. Y nos dijo que nadie te quería. Todos te despreciaban. Eras un apestado, Kymper. Entre tanto, y ya habían pasado tres o cuatro años, desapareciste sin dejar rastro. ¿En qué sórdida madriguera te habías refundido? Recuerdo que un compañero, despistado o apiadado de ti por tu miserable vida de fugitivo, planteó que la desgracia y la deshonra que habían caído sobre ti era suficiente castigo. La opinión general, la mía propia, fue que el alma del compañero Dodero no hallaría descanso mientras el partido no ejerciera su justicia. Pero entonces el golpe militar de Velasco cambió por completo la situación, otras prioridades se le impusieron al partido y tu deuda de sangre pasó a segundo plano. Casi nos habíamos olvidado de ti cuando un simpatizante nuestro

escribió desde París a un compañero que por pura casualidad asistió en la Sorbona nada menos que a la sustentación de doctorado en antropología del asesino del recordado Dodero, tan caro al corazón de Haya...

—Ya, basta, basta Rocha, comienzas a aburrirse con eso de llamarme asesino.

—¿Niegas que asesinaste a Dodero?

—¡Claro que le disparé! ¡Nunca lo he negado! Pero fue en defensa propia en medio de un combate en que éramos minoría. Es que este sujeto, apoyado por los feroces *rottweilers* y *pitbull* del búfalo Pacheco, estaba masacrando en el suelo a un ferista completamente indefenso, mientras otros búfalos arrastraban por los cabellos a las camaradas Lea Barba y Tamara Fiol.

—¡Cómo te complace pronunciar la palabra ‘búfalos’! No importa. Para nosotros los apristas es una palabra gloriosa porque nos recuerda al gran Búfalo Barreto, uno de nuestros principales mártires de la revolución de 1932. Pero dejemos esto. Te voy a demostrar que no disparaste en defensa propia. Fue un homicidio premeditado, Kymper. ¿Por qué fuiste expresamente armado a la universidad con una pistola que seguramente te la dio tu padre? ¡Vamos, ten el coraje de admitirlo!

—No seas, cínico, Rocha. El arma que llevé no eran nada frente a las manoplas, garrotes, cadenas, perros y por cierto también fierros (porque se oyeron varios disparos) que portaban los disciplinarios. Además ya estábamos cansados que rompieran nuestras manifestaciones. ¿Hasta cuándo íbamos a permitir que la bufalería robara y quemara las ánforas cada vez que el APRA era derrotado en los sufragios? O que sabotearan las ceremonias de juramentación para impedir que los feristas ganadores de las elecciones asumieran el cargo.

—Por lo que veo, Kymper, no te arrepientes del homicidio que cometiste.

—No, Rocha, no me arrepiento por las razones que acabo de darte. Siento sí haber quitado la vida a un ser humano sea quien haya sido Dodero.

—No entiendo, ¿por qué, entonces, pediste esta cita?

—No fue idea mía, tú lo sabes. En cualquier forma cometí un tremendo error. Además fue un error absurdo, estúpido. Pero terminemos con esta farsa. Y pidamos la cuenta.

—Espera. Bracamonte me dijo que querías pedirnos algo, a cambio de reconocer el crimen que cometiste muchos años atrás. Habla, te escucho.

—Hace dos años el comando Rodrigo Franco me persigue para matarme. El último atentado se produjo hace unos diez días.

—¿El comando Rodrigo Franco? ¿De dónde sacas esto? ¡Pero si ese comando no existe! Es solo otro cuco inventado por los enemigos de nuestra organización. Y en la hipótesis (negada) que existiera, ¿qué diablos tiene que ver con el APRA?

—Te diré una sola cosa más. Justamente hace dos años por puro azar me encontré con un disciplinario aprista que participó activamente en los sucesos en que terminó muerto Doderó. “¡Hola, Kymper! —me dijo con fingida o tal vez verdadera alegría—. ¡Dichosos los ojos que te ven! Creíamos que ya te habías quitado de este miserable mundo”. Enseguida me dijo que quedaba a mis órdenes, pues trabajaba como asesor en el despacho del ministro del Interior, que era Mantilla. Pocas semanas después empecé a recibir llamadas anónimas y cartas con amenazas de muerte a mi oficina y a la casa de mi padre. Cuando me pusieron la primera bomba, tuve que esconderme.

—El azar. Quién lo diría. Pero esto no prueba que exista relación entre el compañero y las llamadas anónimas y el atentado. Lo único que él hizo fue manifestar su sorpresa de verte después de tantos años. Porque lo último que supimos de ti después de lo de París es que vivías en Buenos Aires, donde tu esposa, velasquista acérrima, fue nombrada agregada cultural. Después no sé qué lío conyugal hubo entre ustedes y te marchaste de Argentina. Y durante muchos años no supimos nada de ti, hasta que nos llegó el rumor que te había refundido en la selva trabajando con las tribus no contactadas. Ahora piensa, Kymper. ¿No será un escuadrón de la muerte de la Policía el que te busca, pues al fin y al cabo tienes

una mancha bien roja en tu vida? ¿No has pensado que puede ser Sendero? Ellos castigan a los desertores y tú después de todo eres un desertor.

—Te repito, Rocha. Esta reunión no tiene sentido. Así que dejémoslo ahí.

En eso ocurre el apagón y por unos momentos, en el salón, la oscuridad es total. “Tranquilo”, se dice Kymper y mantiene la mano derecha alerta, cerca de la cartuchera. ¿Este es el momento que esperaba Rocha para usar el arma que sin duda lleva? En cambio, este comenta:

—Por fin hemos vuelto a la normalidad —y enciende una pequeña linterna de luz azul incorporada al llavero, con la que ilumina la mesa, el rostro de Kymper y proyecta la luz por el espacio contiguo.

—No se preocupen caballeros que el local cuenta con su propio motor. En unos instantes volverá la luz —promete Vitelio desde el mostrador.

—Aprovecharé para ir a los servicios —dice Rocha; luego agrega—: Te voy a decir algo, pues, aunque no me creas, te considero un buen sujeto perseguido por la desgracia. Bien. Ya no tienes nada que temer, Kymper. Por buena fuente, sé que lo que tú llamas el comando Rodrigo Franco ha sido definitivamente disuelto. Palabra, viejo. Mañana mismo podrás reiniciar tu vida normal. Claro que nada garantiza que el chino Fujimori esté formando su propio grupo paramilitar. Pero esto es otro problema. Ahora voy al baño, Kymper; vuelvo enseguida.

Entre la mesa, que está el fondo del salón, y el espacio de los baños debe haber entre ocho y diez metros. Rocha se abre camino con la linterna y Kymper sigue la delgada línea de luz, se produce algún tropiezo, como si Rocha chocase con una mesa o sillas, prosigue la marcha siempre iluminado por la linterna, pero de pronto la luz cesa, tal vez, piensa, porque Rocha ha traspuesto la puerta que da acceso a los servicios y todo vuelve a la oscuridad. Kymper procura no alarmarse y extiende la mirada hacia la avenida, donde los haces de luz que proyectan los faros

de los vehículos que pasan raudos horadan la oscuridad de manera intermitente.

Luego se pregunta: ¿Por qué carajo tarda tanto en funcionar el grupo electrógeno? ¿Avería, falta de combustible? ¿No habrá un saboteador pagado por el comando? Está a punto de gritarle a Vitelio: “Ey, Vitelio, ¿cuándo arranca el maldito motor?”. Pero recuerda la promesa que se hizo la vez que cayó en pánico en la clínica del doctor Bermúdez Larco, el camarada Martínez. Como en un film fugaz acuden a su mente las veces que tuvo que abandonar apresuradamente los sitios donde se escondía, las veces que tuvo que correr a campo traviesa, la última vez, la huida de la casa de reposo, aunque molesta, aunque humillante, se mantuvo dentro de los límites del decoro. En la barra han encendido dos lámparas, un sujeto, de quien solo distingue una recia sombra, al parecer acaba de entrar al bar y algo pide o reclama al cajero. Por si acaso, hay que estar prevenido y desenfunda la pistola, tal como había ensayado varias veces antes de salir del departamento. Comprueba que su mano está firme y una vez más recuerda la primera vez que su padre lo llevó detrás del cerro del Morro Solar para enseñarle el manejo de la Colt y después de verlo disparar elogió con orgullo la firmeza de su brazo y su nada despreciable puntería.

De pronto repara que Rocha se está demorando demasiado en el baño. Horas atrás había inspeccionado los baños, el de hombres y el de mujeres, y no ofrecían al perseguido ninguna opción de escape. Meterse ahí era como penetrar en una ratonera. A los asesinos les bastaba una sola patada para derribar la puerta, mejor aún, ni siquiera había que traerse abajo la puerta de madera endeble, se podía acribillar a la víctima desde delante de la puerta. Bueno, esperarían unos cuatro o cinco minutos antes de ir a buscar a Rocha. De repente, se dice, está usando el wáter para una necesidad mayor. Entonces distingue a Vitelio, que está encendiendo los lamparines que hay en cada una de las mesas. Kymper quiere hacer lo mismo con el suyo, se busca en los bolsillos: no encuentra ni los fósforos ni el encendedor, los ha dejado olvidados en casa y continúa envuelto por las tinieblas. Ahora un tumulto se produce en la barra. Un individuo en completo estado de embriaguez arma un escándalo

dando vivas a la vida y muerte a la muerte. “¡Viva la vida, carajo!”. “¡Abajo la muerte, cabrones!”. El individuo camina hacia el fondo recitando lo que parece un poema: “Con un poco de paz y otro de aurora / edificaremos una dicha en la desgracia”. Y entonces Kymper reconoce a Ney Bracamonte, que le grita: “¡Huye, Kymper! ¡Rápido, Kymper, que vienen a matarte!”. Y justo, en este preciso instante, tres sujetos del comando Rodrigo Franco irrumpen en el establecimiento, uno con una mano porta una poderosa linterna a pilas que horada la oscuridad y con la otra sostiene una pistola, mientras los otros dos van armados de metralletas. Kymper se ha arrojado al piso con el arma ya rastrillada dispuesto a disparar, recordando lo que le dijo Cancho, de bajarse por lo menos a uno de los asesinos antes de caer. “¡Kymper, ¿te acuerdas de Dodero!”, le grita uno. “¿Creías que te nos ibas a escapar, comunista conchaturmadre?”, le grita el otro, mientras el de la linterna ilumina la figura de Ney Bracamonte y lo amenaza: “¡Quítate, gordo maricón, que la cosa no es contigo! ¿O quieres que te quememos?”. Y ahí mismo empiezan a disparar en abanico ráfagas de metralleta, impactando en uno de los acuarios y el gran espejo del fondo del salón se hace trizas. Ahora es tu turno, se dice Kymper y se dispone a jalar el gatillo, apuntando al que porta la linterna, pero Vitelio, salido de no se sabe dónde, le susurra: “No dispare, señor Kymper, que va a revelar su posición, mejor venga por aquí. Confíe en mí. ¡Y agáchese!”. De modo que guiado por Vitelio, arrastrándose, rampando, oyendo todavía el pandemonio de la balacera, alcanza un estrecho pasaje que termina en una pesada puerta. Con una llave antigua, Vitelio abre la puerta, lo hace pasar y tras cerrarla le echa cerrojo. “Este corredor conduce a la puerta de escape de la que le hablé ahora. Y nadie sabe de su existencia”, le dice Vitelio. Cuando llegan al final del corredor, Kymper le pregunta por Rocha. “¡Olvídese de ese individuo. Lo traicionó. Supo aprovechar la oscuridad y llegó al mostrador. ¿No se dio cuenta usted, verdad? No quiso pagar la cuenta. Se puso altanero. Dijo que usted lo había invitado, salió campante y se perdió en la noche”. Kymper, sin embargo, no se sorprende demasiado, pues de alguna manera intuyó que algo así iba a ocurrir con Rocha. Vitelio abre el postigo y le indica la ruta a seguir: debe atravesar el parque y llegar a la esquina donde a esta

hora se agolpa la gente esperando movilidad. “Gracias, Vitelio —le dice Kymper—. Te debo la vida. Te prometo volver en cuanto se arreglen mis asuntos”. En eso se enciende el foco del corredor, por fin el motor ha entrado en funcionamiento. “¡Váyase, corra, señor Kymper, corra!”, lo apresura Vitelio. Y Kymper, una vez más, echa a correr.